

Homilía de Santo Domingo de Guzmán

Año litúrgico 2019 - 2020 - (Ciclo A)

“Vosotros sois la sal de la tierra”

Pautas para la homilía

Hoy la Iglesia, y la Familia Dominicana, celebra la solemnidad de Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de los Predicadores, conocidos como dominicos y dominicas: frailes, monjas, hermanas, miembros de institutos seculares y fraternidades sacerdotales y laicales.

Cuando los castillos hacían Castilla, nació Domingo de Guzmán en torno a 1170, en Caleruega. Pasaría los primeros años como la mayoría de los niños, rodeado de juegos y aventuras y de sus padres y hermanos...

Pero pronto tuvo que tomar otros derroteros que le llevaron por horizontes diversos y que marcaron su vida: Gumiel de Hizán, como aprendiz de las primeras letras con un tío sacerdote; Palencia con su naciente universidad, donde se inició en el estudio y preparación para el sacerdocio, y de donde nos queda su historia de desprendimiento de un gran bien de ese tiempo, sus valiosos pergaminos, para ayudar a los necesitados; Burgo de Osma como canónigo y muy cercano a sus obispos (Martín de Bazán y Diego de Acebes)...

Y después otros horizontes, en otros reinos, acompañando a su obispo Diego de Acebes en una misión real por las tierras de Langedoc, en el sur de Francia, y que para Domingo fue su descubrimiento como predicador del Evangelio, ante las nacientes herejías de su tiempo con el catarismo. Desde su llegada a esas tierras sintió la necesidad de saciar el hambre de la palabra evangélica en quienes buscaban a Dios.

Junto con su obispo y todos sus acompañantes no cesaba de predicar el evangelio: “**qué hermosos sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva...**” (Is 52,7), “**contando a los pueblos las maravillas del Señor**” (Sl 95).

Las andanzas de Domingo, buscando nuevos horizontes para el Evangelio, no se detuvieron; recorrió los caminos de la Europa y cristiandad medieval y se le fueron uniendo muchos hombres y mujeres que dieron lugar a la Orden de Predicadores.

Han pasado 8 siglos, y Domingo, con su Familia Dominicana, sigue predicando como “**sal de la tierra y luz del mundo...**” (Mt 5,13ss).

Enamorado de Dios no tuvo otra aspiración que “*la salvación de las almas*”, en particular aquellas caídas en las redes de los males de su tiempo; imitador de Cristo, encarnó radicalmente los consejos evangélicos uniendo a la proclamación de la Palabra el testimonio de una vida pobre. Bajo la guía del Espíritu Santo, avanzó por el camino de la perfección cristiana. En cada momento, la oración y el estudio fueron la fuerza que renovaron e hicieron siempre más fecundas sus obras apostólicas: “*hablaba con Dios o de Dios*”.

¿Qué nos dice hoy un santo como Domingo de Guzmán?

Juan Pablo II decía que “*los santos prácticamente nunca envejecen, ni se convierten en personajes del pasado, en hombres o mujeres del ayer*”. Al contrario, “*son siempre los hombres y mujeres del mañana*”, los hombres y mujeres del porvenir evangélico y de la Iglesia, los testigos del “*mundo futuro*”. Es decir, los santos son siempre actuales y aunque se realicen en unos tiempos y culturas determinadas, las trascienden de alguna manera y nos tocan a todos en ese nervio de eternidad que nos vertebraliza el alma. Nos dicen a todos “algo”, aunque nuestras circunstancias sean distintas a las suyas.

Por eso, celebrar la fiesta de un santo no es solamente un recuerdo del pasado. Implica también el compromiso con el presente y nos exige una respuesta sobre la fidelidad a la gracia que nos fue dada con tanta generosidad.

Domingo de Guzmán nos recuerda que en el corazón de la Iglesia debe arder siempre un fuego misionero, que empuja, como a él, a buscar nuevos horizontes en nuestras vidas, en nuestras relaciones humanas, en nuestros compromisos cristianos, donde estamos y donde vivimos... para llevar el anuncio del Evangelio: ¡Jesús Cristo, de hecho, el bien más precioso que los hombres y las mujeres de todo tiempo y de todo lugar tienen el derecho de conocer y amar!

Y es consolador ver cómo también en la Iglesia de hoy son tantos los que, con alegría, comprometen su vida por este ideal: anunciar y dar testimonio del Evangelio, o con palabras dominicanas: “*contemplar y entregar los contemplado*”.

A Domingo de Guzmán se asociaron después otros, hombres y mujeres, atraídos por la misma aspiración de “*alabar, bendecir y predicar*”, mediante la oración, el estudio, la comunidad y la predicación.

Desde agosto de 1221, en que murió en la ciudad de Bolonia, han pasado muchos años..., 800 años en 2021... ¿Seremos capaces de seguir actualizando “con nuevos horizontes” su vida y carisma de predicación como testigos creíbles de la Palabra de Dios?

Hermanos, que la vida de Domingo de Guzmán nos empuje a todos, y más como Familia Dominicana, a ser fervientes en la oración, valientes en vivir la fe, profundamente comprometidos con Jesús. Y que, por su intercesión, pidamos a Dios que enriquezca siempre a la Iglesia con auténticos predicadores del Evangelio.



Fray Carmelo Preciado Medrano O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)